

obligaron á la guardia á desengañarlos de que yo no era el que se pensaban.

Aquel día nos dirigimos con el Ejército, no á Lerma, como era regular dirigiéndose á Mexico, por que decían ellos que el General Truxillo estaba en aquella Ciudad, y que había interrumpido el paso rompiendo un puente, y así se dirigieron á Santiago Tianguistengo, saliendo el día inmediato para el Monte de las Cruces; sitio, y acción memorable para nuestras Tropas y armas, que con otras dos piezas de artillería que hubiesen tenido de su parte hubieran conseguido la mas completa victoria los 800 hombres contra mas de ochenta mil: es verdad que nos hubiera costado las vidas de los pobres Europeos prisioneros; pero nada importaba esto, en comparación de la gloria, y utilidad que resultaba en honor de una corta división de soldados valientes, acreedores á los mas altos elogios por su valor.

Si Sor. Exmo: aunque yo no estaba asegurado de la exacta fuerza que tenían los nuestros, me presumí desde luego por el conocimiento que tenía de los terrenos, á causa de haber sido Director de aquel camino, que el corto espacio que defendían, no era de mucha guarnición; y aunque la situación local era muy ventajosa, sabiendo á punto fijo que el Ejército Insurgente pasa de 80,000 hombres, por mas desordenados, é indisciplinados que estubiesen, debía tardar poco en decidirse la acción: pero no fué así, porque duró mas de seis horas y media, y les costó mucha sangre, confesando ellos mismos que hubieran sido del todo derrotados y rechazados, si hubiesen tenido los nuestros otros dos cañones.

Durante la acción nos tubieron á los Prisioneros en medio de los caxones de pólvora, para volarnos en caso necesario, á donde venia con frecuencia el General Balleza á darnos las noticias segun las deseaba, anticipando á ellas las voces de: *Viva Nuestra Señora de Guadalupe*, las cuales repetía yo, quitandome el sombrero, y él añadía: *que mueran los Gachupines*, y yo respondía: *eso si no digo yo*: en la primera embajada nos dixo: *ya murió el Virey*, y yo no lo creía; pero me horrorizaba la expresión: en fin, ya obscureciendo nos pusieron en marcha llevandonos á caballo, y encumbramos el cerro de las Cruces

acompañados de aquella multitud desenfrenada, que no cesaba de repetir á gritos mil infamias contra todos nosotros, por el destrozo y mortandad que habían sufrido; y gloriándose al mismo tiempo de que habían muerto á Truxillo, Mendivil, Rodriguez, Bringas y otros muchos, dudas que yo no podía desatar, y que me llegaban á la alma: íbamos pisando cadáveres, y con la obscuridad se me representaba en cada uno, alguno de mis tiernos amigos, dignos de mejor suerte.

Llegamos á la una de la noche á Quaximalpa, sin otro alimento que el de un posillo de chocolate que hablamos tomado al amanecer, habiendo pasado el día mas cruel, muertos de necesidad, y sin tener la menor cosa con que alimentarnos, y ni otro lecho ni abrigo que un mal capote.

Por fortuna, nuestras heridas estaban casi buenas, y pudimos emplear el repuesto de hilas y vendajes que traíamos para la curación de Medina, Cosío y otros varios soldados nuestros, que supimos que estaban heridos.

La mañana siguiente, día de todos Santos, nos aseguró que el inmediato entraríamos en esa Capital, y que para hacerlo de paz, iban á embiar de Embajador al General Ximenez: Yo que conocía al sugeto, y sus fanfarronadas insultantes, me reía de la propuesta, y mas de la elección, á éste le oí decir en Acambaro, con mucha desvergüenza, *que era menester quitarse el rebozo, que ya había llegado el tiempo de la felicidad é independencia, y que era menester verificarlo á lo Napoleon marchando á la capital*, por estas expresiones vendrá V. E. en conocimiento del carácter del sugeto elegido para Embajador, como ellos le llamaban, llegó el día inmediato; pero no para verificar sus diabólicos proyectos, sino al contrario; quando siempre nos llevaban á la retaguardia del Ejército, nos metieron á toda prisa en el coche, marchando á la vanguardia en retirada para volver á encumbrar el Cerro de las Cruces, y dejando á la retaguardia del Ejército todos sus Generales, y artillería, lo que me hizo creer tenían alguna salida de esa Ciudad.

Después nos dixerón, que la respuesta de V. E. á Ximenez había sido de palabra diciendo: *que no admitía V. E. á nadie sino de guerra, y con las armas*; pero segun me explicaron otros mas re-

servadamente, lo que les obligó á la retirada, fué la contestación que tubieron de algunos de sus emisarios; lo cierto es, que la acción de las Cruces, á mas de amedrentarlos, les dió de pérdida entre muertos, y heridos y desertores mas de veinte mil hombres; y con la retirada que hicieron de Quaximalpa se les desertaron otros veinte mil: de suerte que quedó reducido su Ejército en los valles de Toluca é Ixtlahuaca, á quarenta mil y de ellos quince mil de á caballo, que es la fuerza que tenían cuando la acción de Aculco.

Sus Gefes dudaban sobre sus resoluciones, estaban todos discordes; y aunque me dijeron que la detención del Ejército en los Valles era para dar tiempo á reponer la caballería, no dejaba de penetrar que tenían algun otro designio, y que se hallaban llenos de recelo; esto les hizo tratarlos con mas humanidad; y aunque varias veces se habían insinuado disimuladamente para que tomásemos las armas en su favor, particularmente con Rul, á quien desde el primer día quisieron hacerlo General: la resistencia que siempre encontraron en nosotros, y el desprecio de sus proposiciones les había contenido; pero en los últimos días de nuestra prisión se declararon abiertamente, hasta llegarme á decir algunos de ellos, que pondrían el mando del Ejército á mi disposición: desprecié siempre sus ofertas segun debía, sin embargo de la triste situación en que me hallaba me impedía tomar abiertamente la venganza de semejante agravio, y me contenté con decirles, que mi desgracia me había puesto en el caso de ser enteramente inútil para las armas; pero que si me permitían pasar á la Capital, intercedería con V. E. para evitar el derramamiento de sangre tan necesario en las actuales circunstancias para la seguridad de este Reyno. Conocí que no habían despreciado del todo mi proposición, y que el miedo les haría aprovecharse de cualquier partido. Pero en fin, llegamos á la Hacienda de San Antonio, desde donde salimos el inmediato día, segun dixerón, para Arroyo Sarco: íbamos Merino y yo en un coche de muy mal abio; y viendonos el Mariscal Aldama, nos dixo, que con aquellas mulas no era posible hicieramos la jornada, y le respondí: *pues si esto es así á la salida, ¿qué será dentro de poco tiempo que las mulas se*

cansen? entonces nos hizo apearse del coche, y me hizo entrar en el suyo, donde encontré ya á Rul; y á Merino lo colocó en otro coche tambien suyo que iba delante.

En las conversaciones que se ofrecieron, siempre nos manifestaba los deseos de una composición con V. E. para terminar la revolución; pero yo procuraba desentenderme, por las disparatadas condiciones que se proponían, porque conocía que había poco que confiar en la inconstancia de su carácter.

Aquella tarde vinieron á darle aviso de que venían llegando unos coches, y gente de escolta, y dixo Aldama: *este será mi hermano que viene á reunirse con nosotros con su Ejército y familia*, entonces me pareció regular brindarles á pasar en el coche de Merino para dejarlos solos, y accedió á ello verificandolo juntos Rul, y Yo: llegaron en efecto como unos mil hombres de á pie y á caballo el Lic. Aldama y su muger juntamente con sus sobrinas, las hijas de D. Juan.

A poco rato llegó un Dragon á caballo, muy asustado, diciendo: que un Ejército de Gachupines iba entrando en Arroyosarco, que el cura y el Ejército habían tomado el camino de Aculco, y que nosotros hiciésemos lo mismo.

Entraron todos en nuevo sobresalto; y como el camino era malo para coches, y nos cogió la noche, no pudimos pasar una barranca para llegar al Pueblo, y nos hubimos de quedar á hacer noche en un cerro muy elevado. El Lic. Aldama y su hermano nos acompañaron en el coche grande rato: el miedo les hacia humillarse; pero sin desprenderse de hecharlas siempre de guapo, y suponer tener asegurados sus proyectos; pues aun quando fuera arroyado su Ejército por una casualidad, la suerte de los Europeos en el Reyno seria siempre la misma que la de los Franceses en España ser dueños solo del país que pisásemos.

Por la mañana seguimos el camino para el Pueblo, llevando nuestro coche por delante, á causa de que no teníamos escolta: las Señoras, y demás comitiva se quedaron en una casa á la entrada del Pueblo, sin que lo advirtiesemos, llegando nosotros hasta la casa del Cura Hidalgo; que ya la artillería, y multitud de Indiadada nos impedía

el páso: vimos salir á Allende con toda su comitiva, y Generales, y asomandomele dixe que estabamos solos, y sin saber á donde ir: nos hizo apearse del coche, y llebando me á su lado me dixo al oído: *¿sabe V. que tienen ustedes un Exército en Arroyo Sarco?* y le respondí: *está V. seguro: á lo que añadió: tanto que sus abanzadas nos han cogido dos Dragones:* entonces le dixe, que irian para Mexico; y me respondió, *si porque hemos interceptado un correo del Virrey, en que así se los manda, y le añadí, pues dexarlos pasar,* entonces me dixo él, *¿y si nos atacan?* á lo que contesté: *pues que les importa á Vsteden teniendo 40.000 hombres: Vsteden deben estarse quietos, y si pasan á Mexico dejarlos; pero si los atacan, resistir.* Surtió mi consejo tan buen efecto, que en el momento se dieron las ordenes para poner abanzadas, y salir al campo; y de lo contrario se hubiera marchado para Queretaro, que era lo que querian, y se hubiera retardado mucho nuestra victoria.

Las cuentas que me hize fueron éstas: si el Exército viene con ánimo de ir á Mexico, le aconsejo bien, y si desean atacarlos, tambien. Me asombro, y bendigo á Dios mil veces de ver como nos iba proporcionando la libertad: y es de advertir que Allende no nos habia vuelto á hablar desde el primer dia que nos encontró en Indaparapio.

Llegamos todos á la casa de las Sras. de Aldama, donde nos dieron de almorzar, y entró poco despues el Cura Hidalgo, á quien jamás he hablado, y abrazandole el Lic. Aldama, me acuerdo que le dixo: *Sor. Exmo. los Indios están muy alzados: al pasar por el Pueblo de San Felipe he encontrado despedazados tres Europeos y un Criollo, todos con un papel de seguridad de V. E. y que no permitieron que el Cura les diese sepultura. Si no se castigan estos excesos, estamos mal, y quando se quiera no habrá quien los contenga:* á lo que dixo el Cura: *no Señor, es menester prudencia, nosotros no tenemos otras armas que nos defiendan, y si empezamos á castigar, al necesitarlos no los hallaremos;* despues le añadió Aldama: *estamos tambien rodeados de cobardes, y traidores: ese bribon de Camargo, Alcalde de Celaya es menester ahorcarlo, y el*

Cura le respondió: *si, si, ya trataremos de esto, y se fué á saludar á las Señoras.*

A la cuenta no habia advertido que nosotros estabamos allí, y dixo: *hemos errado enteramente el golpe, y todas nuestras medidas se han frustrado;* pero le hubieron de hacer alguna seña, y añadió, *porque hemos pasado muchos frios y malas noches y hecho unas jornadas muy largas:* quiso remediarlo, pero no pudo; poco despues se tocó á la Arma; se marcharon todos precipitadamente y nos pasaron á los tres Prisioneros á la casa contigua: pero dentro de breves instantes se regresaron al Pueblo, y hemos despues sabido, que en Junta que celebraron, se decretó: que en el caso de perder la accion nos degollasen, dando la comision á un sugeto que no se separó de nosotros hasta el ultimo momento de nuestra prision, y en favor del qual conseguimos de nuestro General quedase libre.

Aquella noche, vispera de la Batalla no visitaron Allende, Aldama y su hermano Don Juan, en segundo nos leyó un papel muy extenso, suponiendo estar hecho por el Sor. Arzobispo Virrey, diciendo en él mil improprios de los Europeos; y desembolviendo toda la ponzoña de su proyecto, quise interrumpirlo varias veces, porque no podia sufrir tal atentado; mas no lo permitió, y al concluirlo me solté contra él con unas razones tan convincentes, que tanto él, como Allende confesaron las fatales consecuencias y resultado de sus maquinaciones, y concluyeron con que la cosa ya estaba hecha y que no tenia remedio, porque se les habian cerrado las puertas. Presumi que esta expresion debia dirigirse al indevido sentimiento que habian formado por no haberse oido á su Embajador el General Ximenez, y les contesté: *pues llamar á la puerta: rempujarla:* y ya entonces variaron de tono hechándole la culpa de todo al bribon del Cura Hidalgo (asi le llamaron) pues quisieron desde Quaximalpa habernos embiado á esa Capital para que hubiesemos podido mediar con V. E. pero que el se opuso, y no lo permitió; y que sin embargo emplearian el resto de la noche en ver de convencer al Cura, que encaprichandose en una cosa, era dificil de apearlo.

Se marcharon al Campo, donde tuvieron toda

la noche el Exército sobre las armas, y al amanecer del siguiente dia fué á vernos el Lic. Aldama, quien nos dijo, que no dudasesmos que en todo el dia se nos embiaria á nuestro Exército; continuó un rato mas en conversacion, y á eso de las siete de la mañana entró muy sobresaltado su hermano Don Juan con las Señoras, diciendonos que saliesemos, que ya estaban prontos los coches; nos sorprendió aquella novedad, y sin dar lugar á sacar nuestros colchones, se agarró de mi brazo la muger del Lic. Aldama, y de Rul, y Merino las dos hijas de dicho Lic. salimos prontamente á la Calle, y vimos que las columnas de Caballeria de su Exército venian huyendo á todo escape, diciendo que ya estaban los Gachupines en el Pueblo, y era tan falzo, que quando menos, distaban dos y media leguas; pero en fin con el mayor riesgo de ser atropellados llegamos á la Plaza, donde estaban todos los Coches, las mulas sin guarniciones, y muy pocos cocheros; de suerte que el riesgo de ser atropellados continuaba el miedo de ser sorprendidos por nuestro Exército crecia; y en la gran confusion que todos se hallaban me atreví á proponer, que respecto, á que indefectiblemente ibamos á perecer á los pies de sus caballos, tenia por mas oportuno el salirnos al campo, en donde si era cierto que nuestro Exército llegaba nos recibiria con mucha cortesia, y la mayor atencion: asi lo ibamos á executar; pero fué imposible cruzar una de las calles de travesia, porque las columnas de caballeria lo impedian, y nos entramos en una casa donde nos dixeron los Aldamas, que la necesidad les ponía en obligacion de ir á morir al pie del Cañon en caso necesario, que si la perdian, esperaban que las Señoras serian tratadas con decoro: les ofrecimos cumplirlo asi, y mientras se despedian, entró el Torero Luna diciendo: *hechenlos fuera, que yo me quedaré con mis amas:* y D. Juan Aldama preguntó á las Señoras *¿que querian hacer?* y á lo que respondió la muger del Lic. Aldama, *nosotras queremos quedarnos con estos caballeros;* y hechando fuego por los ojos montó á caballo, y como un rayo se partió.

Nos repitieron los Aldamas su encargo, y nosotros la oferta de cumplirla, dejandonos casi so-

los con las Señoras, pues la escolta se componia de unos seis hombres con lanzas, el paisano que las acompañaba, que debia degollarnos, aunque nosotros lo ignorabamos, y un Capellan.

Dispusimos que nos diesen de almorzar, y á eso de las diez de la mañana ya se oian las cajas de nuestro Exército: me dixo la muger de Aldama el Licenciado *que como inteligente de las cosas de la guerra le hiciese favor de subir á la azotea, y decirle lo que me parecia tocante á la disposicion del Campo.*

Lo hice asi, y no puedo explicar á V. E. el gusto que me causó ver el buen orden y seriedad de las columnas en que nuestro Exército venia marchando: me encaré asi á la loma donde estaban situados los Insurgentes, corriendo de un lado á otro, y con la mayor griteria y confusion: se me representaban una porcion de perrillos á vista del Leon.

Volví á bajar y le dixe á la muger del Licenciado: *Señora la disposicion y buen orden que veo en nuestro Exército; y la confusion y griteria del de Vsteden, creo, que muy pronto tendré la satisfaccion de corresponder á los favores que Vsteden nos han hecho; y repito que no tengan el menor cuidado, pues serán tratadas con todo decoro como corresponde: para conseguirlo, se hace preciso que desde ahora tomé las disposiciones conducentes, debiendo ser la primera desarmar la escolta; y ella me respondió: haga V. lo que quiera.*

Entonces llevandome al patio al paisano que las acompañaba dixe á la escolta, que si no querian ser pasados por las armas de los nuestros, me entregasen las que tenian, y obedecieron, las que encerré en una pequeña pieza, y aseguré la llave: todo lo iba disponiendo la providencia á favor de nuestra libertad. Empezaron los tiros de cañon, y nos pusimos á rezar el rosario, sacando al mismo tiempo el reloj para ver lo que duraba la Batalla; y por los tiros nuestros conocí que nuestra artilleria ganaba el Campo.

En veinte y dos minutos sesó el fuego: abri la ventana y advertí el Campo solo infiriendo que los nuestros habian ido persiguiendo al contrario, y que solo se habia quedado una partida como de diez y seis hombres de á caballo, y que iban re-

cogiendo prendas perdidas, descaba hacerles señas con un pañuelo por que temia nos dexasen allí; pero no queria que lo viesen los de adentro, y en fin bajó una criada de la azotea diciendo, que ya unos Gachupines habian llegado á la Iglesia para que repicasen, y las campanas nos confirmaron inmediatamente esta verdad: hice que las Sras. entrasen en la recamara, puse un hombre junto á la puerta para que avisase luego que llamasen, providencia que debia tomar por parte de la plebe hasta vernos en poder de los nuestros; y en efecto, no tardó en llegar una partida que golpeando á la puerta hice que saliese Merino para ayudarme á abrirla, y el Capitan Tello que habia traído de España para sargento fué el primero que me abrazó: le dixé que tenia allí á las Sras. de Aldama, y embie al Teniente Ibarra de mi regimiento, con un recado al General diciendole que ya teniamos la satisfaccion de estar en poder de los nuestros: é igualmente estaban con nosotros las Señoras de Aldama, y que descaba se les tratase con el mayor decoro.

Al instante bajaron todos, y el gusto que tendríamos de verlos, lo dexó á la penetracion de V. E.

Se las dió á las Sras. su libertad, y un seguro del General para que se fuesen donde gustasen con los que las acompañaban, pidiendome encarecidamente la muger del Licenciado antes de ir-

se, que no olvidase el encargo de su marido, y que procurase para el efecto marchar á Mexico, asi se lo ofrecí; pero advirtiendole que en la Batalla habian sido enteramente derrotados, perdiendo en ella toda su artilleria, provisiones, dinero, coches, y en una palabra todo quanto tenían: y que por tanto, lo único que podia solicitar de V. E. era un Indulto; y entonces me añadió: *y vea V. que llamen á mi marido con las seguridades correspondientes* le contesté que seria difícil conseguirlo; pero que pondria los medios para ello.

Ya he dicho á V. E. el motivo que me impidió el cumplimiento de esta promesa, en virtud de la qual se servirá V. E. resolver lo mejor.

Nosotros nos quedamos llenos de júbilo entre nuestros amigos, no cesando de dar gracias á Dios por tantos beneficios.

Aunque hé procurado detallar los hechos principales, me habré dexado mucho por decir; y por la falta de energia y expresion habrán quedado los sucesos debilmente explicados; pero espero que la velocidad de las victorias de nuestro Ejército nos conduzca á esa Capital, donde á voz viva pueda satisfacer mejor la curiosidad de V. E.

—Dios guarde á V. E. muchos años. Guanajuato 8 de Diciembre de 1810.—Exmo. Sr.—*Diego Garcia Conde.*—Exmo. Sr. Virrey D. Francisco Xavier Venegas.—*Es copia.*

NUMERO 157.

Relacion de lo ocurrido en Guanajuato desde el 13 de Setiembre hasta el 11 de Diciembre de 1810.

Relacion de lo acaecido en esta Ciudad de Guanajuato desde el dia 13 de Setiembre hasta 11 de Diciembre de 1810.

El Jueves 13 de Setiembre de 1810, se dió la noticia al Sor. D. Juan Antonio de Riaño, in-

tendente de esta capital, por D. Francisco Bustamante Capitan del Batallon de ella, de que el Cura de Dolores D. Miguel Hidalgo, asociado de los Capitanes del Regimiento de la Reyna D. Ignacio Allende, D. Juan Aldama y D. Mariano Abazolo, tenían formada una conspiracion para

rsoprender la noche del 1º de Octubre á todos los Europeos avecindados en esta Ciudad, poderandose de sus caudales, y que para esto se habian coligado con los sargentos de este Batallon Juan Morales, Fernando Rosas, é Ignacio Dominguez, y con el Tambor mayor José Maria Garrido, á fin de que estos ganasen á los soldados que estaban de Guardia y alludasen en la empresa.

No quiso el referido Sor. Intendente erer á primera vista semejante denuncia, hasta que por el citado Bustamante se le hicieron ver documentos que justificaban su aserto, ademas que Garrido se delató voluntariamente, manifestando 70 pesos que habia recibido para el proyecto.

Luego que el Sor. Riaño estuvo satisfecho de la verdad del caso mando á Garrido fuese á Dolores y le trajese una noticia individual de las disposiciones del Cura Hidalgo, conminandolo con pena de la vida si no desempeñaba bien el encargo. Interin está se verificaba comisionó al Sargento Mayor D. Diego Berzabal, para la prision de los Sargentos complices, la qual se verificó la madrugada del 14 de Setiembre sin percibir el público la causa de ella; y examinados por el comisionado confesaron de liso en llano todo el hecho. Volvió Garrido de su expedición, y dió parte de que el Cura Hidalgo tomaba con eficacia las medidas para verificar su proyecto en el dia citado, lo que oido por el Sor. Intendente, mandó se le pusiese en la prision que á los demas para que no sospechasen su delacion. Inmediatamente libró orden al Subdelegado de S. Miguel el Grande, para que aprendiesen á los capitanes Allende y Aldama, y que con la mayor violencia pasase al Pueblo de Dolores é hiciese lo mismo con el Cura Hidalgo y D. Mariano Abazolo. Al mismo tiempo encargó á D. Francisco Iriarte, que casualmente se iba á la Villa de San Felipe inmediata al Pueblo de Dolores, que observase los movimientos del Cura y le diese parte de la mas ligera novedad.

El martes 18 de Setiembre, dia en que Guanajuato se hallaba lleno de consternacion y sentimiento, por haberse enterrado al virtuoso y benéfico Europeo D. Martin de la Riva, al acabarse sus funerales á las 11½ de la mañana, llegó un ex-

preso mandado por Iriarte, el que daba parte al Sor. Intendente, que habiendo interceptado el Capitan Allende la orden que SS. mandaba al Subdelegado de San Miguel el Grande que queda referida, se fué á Dolores donde llegó el dia 15 á las 12 de la noche, conferenciando con el Cura Hidalgo se levantó este, y con 5 hombres voluntarios y 5 forzados comenzó su empresa, prendiendo á 7 Europeos de Dolores, incluso el padre Sacristan, confiscando y repartiendo sus bienes, lo mismo hicieron en San Felipe el dia 16 caminando con todos los presos para la villa de San Miguel donde habia executado lo mismo, de donde por momentos con multitud de gentes que se le habian asociado debia venir á esta capital.

Sorprendido con la noticia el Sor. Intendente mandó tocar generala, se juntó el Batallon que estaba sobre las armas, y casi todo el vecindario así Europeos como Americanos, y un gran número de plebe. Al mismo tiempo se veian correr hombres á caballo y á pie por todas direcciones: se cerraron las puertas de las casas. La comunidad de San Diego se presentó en la puerta del Templo enarbolando un Santo Cristo. Las plazas quedaron solas y todo causaba el mayor horror y confusion. Cerciorado el Público del hecho, se le advirtió el mayor empeño de entrar en accion con los enemigos, los que segun el general entuciasmo si entran aquel dia hubieran perecido sin remedio: y se aseguraba estaban á tres leguas de esta Ciudad.

A las 2 de la tarde mandó el Sor. Intendente juntar en las Casas Reales á los Prelados de las Religiones, Eclesiasticos y Vecinos distinguidos, exortandolos y noticiandoles estos hechos, asegurandoles que le parecian muy bastas y fundadas las medidas del cura, y temia con fundamento que dentro de 6 horas seria su cabeza el escarnio del Pueblo. En la tarde se condujeron maderas cerrando las vocascalles principales, con trincheras y fosos, poniendo á los vecinos sobre las armas, estableciendo patrullas de á caballo, mandando abanzadas de á 40 hombres á Sta. Rosa, Villalpando y Marfil, puntos por donde se temia la invasion.

El Jueves 20 á la una de la mañana se tocó generala, por haber dado parte la avanzada de